



DOSSIER
ELE NÃO?

**MARCOS CARBONELLI
ADRIÁN FANJUL
ARIEL GOLDSTEIN
PATRICIO GOMEZ TALAVERA
RENATO MARTINS
DAMIÁN PAIKIN
DANIELA PERROTTA
EMANUEL PORCELLI
BELÉN SOTELO**



DOSSIER

ELE NÃO?

El triunfo de Jair Bolsonaro en la primera vuelta de los comicios presidenciales en Brasil ha dejado perplejos a los analistas internacionales y a buena parte de la sociedad civil en la región.

El ascenso de los autoritarismos en el mundo, la persecución política y judicial a los líderes de las izquierdas latinoamericanas, las bases sociales de este nuevo liderazgo, el rol de los grupos evangélicos en la política brasileña, el protagonismo del movimiento de mujeres en la resistencia a la nueva ola de gobiernos de derecha, las perspectivas para Argentina.

El presente dossier reúne artículos breves de coyuntura de investigadores del CEAP y académicos invitados.

ENTRE LOS TEMPLOS Y LAS URNAS. LA GRAVITACIÓN EVANGÉLICA EN LA VIDA POLÍTICA DE BRASIL

Marcos Carbonelli

Los resultados de la primera vuelta en Brasil cristalizan procesos de mediano plazo. La crisis de los espacios de centro izquierda, el auge de cosmovisiones y discursos de cuño conservador, que rechazan valores progresistas y la influencia de actores religiosos en la arena política. Sobre este último punto quiero detenerme en las líneas que siguen, para explicar sucintamente los motivos de su gravitación, caracterizar sus principales rasgos y ponderar en su justa medida sus alcances.

En Brasil, la participación de las iglesias evangélicas en la vida política se presenta como uno de los casos paradigmáticos de la región, debido a sus progresivos éxitos en las competencias electorales y su incidencia en la configuración de una nueva dinámica dentro del sistema político, en la cual el voto evangélico resulta una variable de influencia, fundamentalmente en las campañas presidenciales. Entre los ejemplos más renombrados pueden citarse la elección de Anthony Garotinho como gobernador del Estado de Río de Janeiro en 1998 y su posterior candidatura como presidente en 2002, la competencia entre dos evangélicas, Rosângela Matheus (esposa de Garotinho) y Benedicta da Silva por la gobernación del estado de Río en 2002 (con resultado favorable para la primera), y la elección del obispo Marcelo Crivela, líder de la IURD (Iglesia Universal del Reino de Dios), como senador en el mismo período. En lo concierne estrictamente a las elecciones parlamentarias, estudios como los de Machado (2006) y Silveira Campos (2005, 2007) establecen una tendencia ascendente, con la elección de cuarenta y cuatro diputados federales evangélicos en 1998 y sesenta y uno en 2002. Finalmente, Mariano y Pierucci (1996) señalan el desenvolvimiento de líderes y pastores pentecostales favorables a la elección de Collor de Melo en las presidenciales de 1989, y Silveira Campos (2005: 174) da cuenta del importante rol asumido por la IURD en las elecciones presidenciales de 2002, cuando su cúpula dirigenal pactó con Lula da Silva un apoyo electoral estratégico, que culminó con la designación de José Alencar como vicepresidente

El número de escaños conseguidos por las denominaciones evangélicas en algunos estados como Río de Janeiro o Río Grande do Sul, e inclusive en el Congreso Nacional durante las décadas del noventa y del dos mil, llevaron a la prensa y a la dirigencia política tradicional a referirse a la constitución de una "bancada evangélica", en tanto grupo orgánico dotado de intereses y modalidades de acción propios.

Según los analistas especializados, este avance cuantitativo se funda en un proceso de reconceptualización, racionalización y profesionalización de las iglesias evangélicas y neopentecostales en su proyección en la esfera pública, bajo un modelo de inserción de carácter corporativo.

En los comienzos de la era democrática, las incursiones políticas evangélicas se inscribían en iniciativas de índole individual. Pero ya en la década del noventa, son las iglesias, en tanto corporaciones, las que "producen" a sus propios líderes políticos, a partir de mecanismos de selección, formación y seguimiento de sus candidatos, la mayoría de ellos pastores. Los "políticos de Cristo" -los dirigentes formados al interior de

CARBONELLI ENTRE LOS TEMPLOS Y LAS URNAS

las iglesias-, “se ven (...) como portadores de una misión divina, para la cual fueron llamados, con el fin de promover una especie de exorcismo de la vida política nacional” (Silveira Campos, 2005: 159).

Esta postura redentora se complementa, por un lado, con la búsqueda de beneficios directos para los proyectos de la iglesia de pertenencia, a partir de la gestión parlamentaria. Por el otro, con la presentación de proyectos legislativos basados en cuestiones morales y éticas (Campos Machado, 2006), que procuran diferenciar a los políticos evangélicos de la clase política tradicional y expandir su visión doctrinal a diversas áreas de la gestión pública.

La estrategia desarrollada por las iglesias neopentecostales y evangélicas en Brasil no ha sido entonces la de formar partidos confesionales, sino la de posicionar a sus candidatos en diferentes estructuras partidarias, para potenciar las posibilidades de obtener bancas en las legislaturas estaduais y nacionales. En otras palabras, la politización del campo evangélico en Brasil se cristalizó en un *modus operandi* bajo el cual las iglesias evangélicas asumen decididamente el rol de “partidos paralelos”. Entre las condiciones de posibilidad de este fenómeno se encuentran la porosidad histórica de las fronteras de los espacios políticos y religiosos, y ciertas características distintivas del sistema político brasileño, como su marcado federalismo, la presencia de abundantes partidos débiles, sin tradición y coherencia ideológica, y un sistema electoral que habilita la elección de varios diputados por cada estado, potenciando de esta manera la incidencia de una comunidad minoritaria y dispersa, como la evangélica (Freston, 1991: 31).

Un punto a remarcar es la capilaridad del trabajo social que las mayorías de las iglesias evangélicas realiza entre los sectores más vulnerables del gigante sudamericano. Al fin y al cabo, las comunidades de este mundo religioso no solo se preocupan por la distribución de los bienes de salvación y por la actualización permanente de las gracias divinas, a partir de recursos teológicos y litúrgicos donde la emocionalidad y el uso del cuerpo ocupan un lugar preponderante. También forma parte de su propuesta religiosa la restauración material de los sujetos que llegan a sus templos, frecuentemente desencantados de la burocracia y verticalidad de otras formas religiosas (como el catolicismo) y/o golpeados por las dinámicas salvajes del capitalismo. Es por ello que, en las grandes urbes, las iglesias evangélicas y pentecostales despliegan una serie de actividades como bolsas de trabajo, talleres de oficio, talleres contra la violencia de género, abordajes terapéuticos para el consumo problemático de drogas. Incluso en ciertos espacios donde las bandas criminales del narcotráfico territorializan su poder al punto de reemplazar a la figura del Estado como orden integrador, las iglesias evangélicas orquestan dinámicas pacificadoras, “pactos de no agresión” que redundan en garantías informales para los vecinos de las favelas.

Llamo la atención sobre este rol social de las iglesias evangélicas porque es uno de los elementos que permite explicar su introducción permanente en la vida política brasileña, más allá de la coyuntura puntual de las elecciones. Desde hace por lo menos una década, la clase política de ese país se vale de las agencias religiosas para canalizar la ayuda social hacia el territorio y asegurarse que la misma llegue a sus beneficiarios por canales más efectivos y seguros que los partidarios. El caso paradigmático (aunque no el único) resulta el de la Bolsa O Família, un plan asistencial organizado por el PT durante la presidencia de Lula que consistía en hacerle llegar a las familias más vulnerables alimentos y recursos esenciales, con el horizonte del combate contra la desigualdad social. En su implementación casa por casa, familia por familia, las iglesias evangélicas jugaron un rol clave. Este agenciamiento religioso en el plano de la gestión pública también nos muestra que en su derrotero político los evangélicos se han posicionado de manera diversa: fueron anti lulistas, lulistas y post lulistas. A partir de una lectura de mediano plazo, este dato constituye una advertencia para no encasillar el análisis bajo una imputación de conservadurismo raso y tomar nota de las complejidades de su presencia en los problemas de gobernabilidad y representación en el Brasil.

** Marcos Carbonelli es Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Ciencia Política (UBA). Se desempeña como Investigador de CONICET y docente en la UBA y en la UNAJ.*



INSIGNIFICANDO LO ATROZ

Adrián Pablo Fanjul

En los días que han pasado desde la primera vuelta electoral que dio una gran ventaja al candidato presidencial Jair Bolsonaro, se han sucedido graves hechos de violencia por parte de sus seguidores, entre ellos, el asesinato, en Bahía, el 8 de octubre, de un conocido maestro de capoeira que hizo público, en un bar, su voto por el otro candidato, Fernando Haddad. El 9 de octubre, leí una argumentación de un colega, de las muchas que se dirigen a votantes seguros o probables de Bolsonaro para intentar llamarlos a algún tipo de reflexión sobre la violencia desatada. Mi compañero de trabajo recordaba a sus destinatarios que, hace sólo tres o cuatro años, agresiones como las que están ocurriendo cotidianamente habrían despertado inmediato repudio de todos ellos, y que ahora, en cambio, encuentran silencio o justificaciones banales.

FANJUL INSIGNIFICANDO LO ATROZ

Lo que me motiva este escrito no es intentar una explicación de cientista político, que no soy, sobre el ascenso de una candidatura claramente neofascista. Mi aporte puede darse a partir de una observación de lo posible en materialidades discursivas que estudio hace tiempo y que han estirado su tejido, y buscar ahí huellas de un real histórico. En ese camino, voy a comenzar por detenerme en algo que surge de esa apelación que acabo de relatar, de mi colega a sus conocidos, y que no tiene que ver con su dimensión moral sino semiótica: los signos que aparecen o no aparecen responsivamente frente a algo (agresiones, asesinatos) que surge a la vez como supuestamente nuevo y sin duda abominable. Lo que venimos viendo en Brasil es que la no construcción discursiva alrededor de ataques violentos, a veces letales, contra líderes, movimientos o meros opinadores, su anulación como acontecimiento memorable alcanza umbrales cada vez más amplios. Creo que el huevo de esa serpiente se incubaba desde hace mucho tiempo, y en aspectos que hacen a Brasil difícil de entender para quien está acostumbrado a otros países de la región, y más aún Argentina, con una historia aparentemente tan gemela en vaivenes políticos y, sin embargo, tan distante en lo que aquí nos ocupa.

En un texto de 1998 (1), Eni Orlandi, brasileña y una de las teorizadoras del discurso más originales y creativas que ha dado este continente, se refería a la memoria de Mayo del 68, pero recordando que, en aquella época “estábamos en una dictadura y era muy diferente decir ‘prohibido prohibir’ en una calle de São Paulo que en una de París”. Los sentidos de libertad que se ponían en juego en los movimientos del 68 aquí no pudieron ser trabajados colectivamente, como tampoco fue políticamente significada la violencia de la dictadura. “Cada vez que vamos a votar” -escribía Orlandi hace 20 años como si fuese hoy- “aunque no pensemos en eso, el hecho de que Brasil es un país que tortura a los disidentes políticos forma parte de nuestra memoria y de nuestros gestos políticos. Y eso no mereció aún su explicitación”.

Y podemos decir que, en las dos décadas que pasaron, no la ha merecido: Brasil es el país de América del Sur en que se desarrollaron menos políticas de memoria, verdad y justicia en relación al ciclo de dictaduras de los 60-70. Hubo, durante los gobiernos del PT, comisiones de búsqueda de verdad tanto en el nivel nacional como por estados, pero su trabajo fue en una escala bastante reducida, y con poca canalización de sus resultados a la opinión pública. Casi nada se ha hecho como justicia de transición, y todos los gobiernos, desde la redemocratización hasta hoy, han omitido políticas educativas y culturales que serían necesarias para que dos generaciones de brasileños tuviesen noción de lo que fue el atroz régimen genocida que se instaló en el país y en buena parte del continente. Como también explicaba Orlandi en el mismo artículo, “lo que está fuera de la memoria no está olvidado, ni se trabajó, ni se metaforizó, ni se transfirió. Está insignificado, de-significado.”

Además de la violencia de Estado que O´Donnell llamaba “protopolítica” (2), practicada continuamente sobre la población pobre, con especial foco en la juventud negra de la periferia urbana, la represión a manifestaciones callejeras, a huelgas y a movimientos sociales se ha venido intensificando desde por lo menos 2008 (talvez como síntoma interno de una crisis externa que aquí llegaría tarde), con un recrudescimiento a partir de 2013 y un salto mayor aún a partir del golpe parlamentario-judicial de 2016. En las materialidades discursivas que han ido acompañando ese crecimiento, el umbral de in-significación se amplía y ramifica en “una relación equívoca con el margen de los sentidos” (otra feliz expresión de Eni Orlandi). Hemos visto retornos de un preconstruido que identifica la protesta con lo “ilegal”, como hemos visto su metonimia en el reclamo airado de un buen apaleo, y su complemento en una discursividad opositora que también de-significa políticamente la agresión: es extremadamente frecuente, por ejemplo, que ante el abuso policial ostensivo la queja de sectores de izquierda y de militantes de derechos humanos priorice el adjetivo “despreparado” para referirse al accionar sanguinario de los agentes de uniforme.

FANJUL INSIGNIFICANDO LO ATROZ

Bolsonaro se destaca en puntos críticos de ese avance, en la palabra pública, de lo que no fue ni olvidado ni tampoco trabajado en la memoria, y que por eso adquiere una mayor potencialidad ultrajante. El día de la votación del juicio político a Dilma Rousseff, transmitido por las cámaras de televisión de todo el país, dedicó su voto afirmativo a la memoria del ex militar Carlos Alberto Brilhante Ustra, único torturador de la dictadura que fuera condenado, y lo exaltó como “pavor de Dilma Rousseff”, recordando así que fue el mismo Ustra el que torturó a Dilma cuando ésta fue presa política en su juventud. Las pocas expresiones de rechazo se diluyeron en el marasmo discursivo del proceso de destitución. Cuando en mayo de este año se produjo el asesinato de la concejal socialista Marielle Franco, fue Bolsonaro la única figura política y único precandidato que nada dijo, contrastando con el repudio enfáticamente expresado, con mayor o menor convicción, por todos, de izquierda a derecha.

Y, ya que hablamos de Marielle, su muerte, una de las pocas ineludibles como acontecimiento, no estuvo inmune a resbalones de significación. No me refiero a las infames “fake news” que intentaban relacionar a la militante con el tráfico y la delincuencia en las favelas, que en ese caso no tuvieron mayor adherencia, sino a los discursos que la ubicaron como una víctima de los “bandidos” (narcos) a los que ella misma supuestamente “defendía” al denunciar abusos policiales en las favelas. Esa “hipótesis” entró en la palabra de la clase media con la misma facilidad y calma con que fue olvidada a medida que las investigaciones apuntaron hacia los parapoliciales. Pero lo que no estuvo ausente e impregnó la construcción discursiva del acontecimiento desde las posiciones más variadas fue una sorprendente de-significación de algunos aspectos de la vida política de Marielle Franco. Víctima de una “guerra”, de la “violencia” en general, del “odio”, figura alzada por algunos a un lugar crístico de mártir, con escasísimo trabajo de significación sobre su pertenencia a un partido nítidamente de izquierda, como los que perseguía la represión no “proto” sino asumidamente política durante la dictadura. Ese rasgo, que no ofusca la relevancia del factor sexista y racista de su asesinato, fue quedando relegado a un margen del sentido.

En fin, intentamos explicar que esto que está ocurriendo ahora en Brasil y que parecería que “no puede ser”, el que una candidatura obtenga más apoyo cuanto más revela su disposición a la violencia de clase, de género y de raza, viene siendo incubado desde aquella in-significación fundante, y alimentado desde el poder público al ritmo de la polarización social y de sus demandas represivas. Creció más que lo esperado y, para algunos, se desbocó más allá de sus expectativas. Pensarlo desde un país vecino como Argentina y, sobre todo, abordar las materialidades discursivas en las que busca sentido, requiere acercarse a una memoria no simétrica ni espejada, en la que algunas aparentes obviedades no han encontrado lugar, todavía, en lo decible.

** Profesor Asociado de la Universidad de São Paulo. Investigador del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Desarrolla estudios comparados sobre series discursivas de Brasil y Argentina.*

(1) Orlandi, Eni. [1998] “Maio de 1968: os silêncios da memória”. En: AA.VV.: Papel da memória. Campinas: Pontes, 2010, p 59-71. En todos los fragmentos citados, la traducción es mía.

(2) El cientista político argentino Guillermo O´Donnell empleaba ese término en 1984 para diferenciar una violencia de Estado socialmente implantada y con víctimas socialmente seleccionadas, que caracteriza a Brasil, y la violencia política de Estado que había poblado la historia argentina hasta la dictadura militar inclusive. Ver “¿Y a mí, que me importa?” Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y en Brasil. Kellog Institute. Working paper 9.



LAS RAÍCES DEL BOLSONARISMO

Ariel Goldstein

1. Antecedentes

Agosto, 2018: El taxista que me llevó del aeropuerto al centro de Río de Janeiro, me recibió en la Ciudad Maravillosa ni bien comenzamos a hablar de política con un “todo el mundo es ladrón: Temer, Lula y Dilma”. En San Pablo, en el Supermercado Día del barrio Higienópolis, le pregunté a un repositor que pensaba y me dijo: “no voy a votar por nadie, todo el mundo es corrupción, nadie se preocupa por Brasil. Por eso voy a votar nulo”. Ese sentimiento de rechazo a la clase política fue una de las herencias que dejó la operación Lava Jato liderada por el Juez Sergio Moro, la cual reveló la oscuridad de las asociaciones público-privadas tejidas en Brasilia.

El ascenso electoral de Jair Bolsonaro se encuentra enraizado en la historia del país, en casos como los de los ex presidentes Janio Quadros y Collor de Mello. Ambos carecían de partidos relevantes, y llegaron al Palacio del Planalto con campañas atractivas, subidos a una ola de la opinión pública. Los dos construyeron sus candidaturas como paladines de la honestidad. Janio Quadros realizó su campaña con una escoba para “barrer la corrupción”. De desconocido profesor de secundario llegó así a la intendencia de San Pablo (1953), y luego a la presidencia (1960). Collor se presentaba como el cazador de “marajás”, contra los funcionarios corruptos. Sin embargo, a diferencia del ex capitán retirado, ninguno de estos dos antecedentes tenía un vínculo con los militares (1).

A pesar de que hace 28 años es diputado por Río de Janeiro, el ex militar se presenta como un político anti-establishment. Se ha beneficiado del fuerte rechazo que existe frente a una clase política tradicional que preserva sus intereses, compuesta mayormente por hombres en Brasilia, distanciados del pueblo y sus reclamos. El presidencialismo de coalición como sistema favorece una baja renovación en las cámaras. Lo que predomina es el dinero como insumo de costosas campañas para elegir candidatos, y esa lógica personalista dificulta renovaciones necesarias. La plana mayor del bolsonarismo son militares: el general Augusto Heleno (eventual Ministro de Defensa), uno de sus principales consejeros y el general Hamilton Mourao, candidato a vicepresidente. También hay dos articuladores políticos de peso: Onyx Lorenzoni, diputado por Rio Grande do Sul y coordinador de la campaña (eventual Jefe de Gabinete), y Gustavo Bebianno, presidente del PSL, abogado y orientador judicial.



GOLDSTEIN

LAS RAÍCES DEL BOLSOFASCISMO

El fenómeno puede también ser fácilmente encuadrado como parte de una ola que recorre el mundo, con el triunfo de Trump en Estados Unidos y las extremas derechas en Europa. El presidente norteamericano y Bolsonaro comparten al asesor Steve Bannon, que orientó las campañas desde las redes sociales y contra los medios tradicionales.

En mayo de 2018, una huelga de los camioneros demandando intervención militar, expuso al país el caos en el que se encontraba, y la profunda demanda hobbesiana de orden que existía. Esa es la principal promesa de Bolsonaro en un país de 63.000 muertes al año: orden a cambio de una restricción a las libertades.

2. Raíces

En un texto fundamental sobre la dictadura argentina, Guillermo O'Donnell - gran estudioso de Argentina y Brasil- había señalado que "la dictadura soltó los lobos a la sociedad". El investigador Fabio Wanderley Reis había realizado junto con O'Donnell entre 1991-1992 un estudio entre la población de Belo Horizonte, con muestras especiales de trabajadores de Minas Gerais y San Pablo. Allí se preguntaba a la clase trabajadora si estaba de acuerdo con el enunciado "en lugar de partidos políticos, lo que la gente necesita es un gran movimiento de unidad nacional dirigido por un hombre honesto y decidido". El enunciado obtuvo entre 79 y 86 por ciento de aceptación entre los niveles de escolaridad primaria, 65 entre aquellos con secundario y 36 por ciento entre los universitarios.

Bolsonaro no inventó demasiado: agarró enunciados de micro-fascismo popular que circulaban en la sociedad, como "bandido bueno es bandido muerto", y los llevó a las grandes ligas de la política nacional en un contexto donde la seguridad es la demanda principal en un país devastado por la corrupción y las facciones criminales.

El bolsonarismo empodera a los machistas, refuerza las jerarquías, niega la diferencia. Es un gran aval para el autoritarismo a nivel macro y micro social. Esto se ha visto en los últimos días con los ataques que han sufrido militantes políticos o minorías que no se encuadran en la visión del mundo autoritaria que proponen los bolsonaristas. Wanderley Reis lo indica así:

(...) Lo que hizo Bolsonaro fue servir como catalizador de disposiciones que ya se encontraban presentes, a pesar de que no le habíamos prestado mucha atención a éstas. Y hay poco espacio para dudar de que el apoyo a él viene inequívocamente de lo que él exhibe de desagradable y violento en lo que dice y hace (2).

Es posible que los electores de Bolsonaro tengan razones tan válidas para hacerlo como aquellos que son votantes de Haddad. Lo cuestionable, sin embargo, no es la validez de las razones, sino las consecuencias de sus actos.

El caso es más peligroso que el de Trump en su relación con la "alt-right" en Estados Unidos. Uno de los líderes de la extrema derecha supremacista blanca, Matthew Heimbach, dijo sobre Trump: "Él no es uno de nosotros y todos necesitan saberlo (...) Pero está abriendo espacio político.

Definitivamente está abriendo espacio político para gente como nosotros" (3).

Lo que sucede en Brasil es una amenaza más grave al régimen democrático por dos razones: 1) Brasil no tiene el tipo de contrapesos y autonomía de las instituciones estadounidenses (medios,

GOLDSTEIN

LAS RAÍCES DEL BOLSOFASCISMO

justicia, parlamento) 2) Bolsonaro es directamente, sin mediaciones, la representación de la extrema derecha en el gobierno. ¿Qué otra cosa puede ser quien dijo que la dictadura de Brasil se equivocó, ya que debería haber matado 30.000 personas, incluyendo al ex presidente Fernando Henrique Cardoso?

Hasta la máxima líder de la extrema derecha francesa, Marine Le Pen, que había festejado su triunfo junto a Matteo Salvini, salió a diferenciarse de Bolsonaro al señalar que “dice cosas realmente desagradables que no pueden trasladarse a nuestro país, Francia” (4).

Bolsonaro cuenta con especial apoyo entre los hombres del Sur de Brasil, la parte más rica del país. Se trata de un movimiento protagonizado por una clase media tradicional que percibe amenazado su estatus en la sociedad ante los cambios producidos durante los últimos años de gobiernos del PT. En una sociedad de herencia esclavista, estos cambios implicaron el ingreso de los negros a las universidades, las políticas sociales del Bolsa Familia, la posibilidad de que los pobres puedan viajar en avión, y la emergencia de nuevas demandas feministas. También la reglamentación del servicio doméstico. Una parte de los electores de Bolsonaro rechazan estas transformaciones y se ilusionan con volver a un Brasil tradicional, de “orden y progreso”.

Bolsonaro se convirtió en catalizador del antipetismo. El rápido crecimiento de Haddad en las encuestas, a partir de su nombramiento como candidato del PT, tuvo por efecto incrementar la polarización electoral y alimentar el rechazo al partido de Lula. A esto también contribuyeron las movilizaciones feministas del #Elenao, que alimentaron la identificación reactiva de las mujeres con valores tradicionales.

El crecimiento de Haddad hizo crecer el fantasma de la “vuelta del comunismo”, aumentando el voto útil de los antipetistas ya en la primera vuelta. Para desgracia de la campaña de Haddad, que se orientó en la primera vuelta como “el candidato de Lula”, para convencer a los electores propios, la primera vuelta en Brasil fue una segunda vuelta anticipada. Bolsonaristas y petistas, todos votando contra su enemigo principal.

En esta elección, los principales representantes del establishment político fueron castigados, como Dilma Rousseff, que no ingresó como candidata al Senado por Minas Gerais. En el corazón histórico del apoyo tucano (PSDB) que es San Pablo, el antipetismo fue ocupado ahora por Bolsonaro. Obtuvo allí 53% de los votos frente a 16% de Haddad (5).

El voto record de dos millones en San Pablo para Janaína Pascoal como diputada estadual, abogada que presentó el impeachment a Dilma, simboliza el ascenso de esta ola conservadora. Joao Doria, el tucano que apoya a Bolsonaro, también obtuvo su rédito electoral en su postulación para gobernador estadual. Tras la primera vuelta, este último se alineó plenamente con el discurso bolsonarista y declaró: “Si Dios está mirando a Brasil, como creo que va a suceder, el PT no va a ser elegido” (6)

.3. Una alianza oscurantista

“Brasil es de nosotros, personas de bien, trabajadores, conservadores, cristianos, que preservan los valores familiares, que no quieren ideología de género en el aula”, decía para júbilo de la multitud verde y amarilla reunida en la Avenida Paulista un audio de Bolsonaro grabado para la ocasión.

GOLDSTEIN

LAS RAÍCES DEL BOLSOFASCISMO

Bolsonaro se define como el “guardián de la tradición”, “la familia” y el “ciudadano de bien” frente a la “izquierda corrupta”. La narrativa polarizante que construye le da sentido a sus adherentes. No es posible entender este fenómeno sin trazar una genealogía que va desde las manifestaciones de junio de 2013, la ocupación por parte de la derecha del espacio público, el irregular impeachment a Dilma Rousseff, hasta la política antipopular del gobierno de Michel Temer. Esa combinación de crisis económica, social y política es el caldo de cultivo del bolsonarismo.

La palabra “familia” aparece en tres momentos identificables en la historia de Brasil. Previo a la dictadura del 64 con la marcha por “Dios, la familia y la libertad” (7), con el voto por el impeachment por Dilma, que la mayoría de los diputados justificaron en nombre de la “familia”, y en el discurso electoral de Bolsonaro.

Los electores de Bolsonaro, al igual que su candidato, se sienten purificadores frente a una clase corrupta, adoptando el discurso de los medios tradicionales y el Juez Sergio Moro. Existe así una afinidad electiva entre la política de los puros y los sucios (corrupción/anticorrupción) y el discurso evangélico de Dios y el demonio.

Bolsonaro ha sido capaz de recolectar múltiples apoyos que configuran una alianza oscurantista. El mercado financiero lo apoya por el ultraliberalismo prometido por el Chicago Boy y eventual Ministro de Economía, Paulo Guedes. A esto se suman el Frente Parlamentario Agropecuario (la bancada ruralista). La bancada evangélica, la bancada de portación de armas y los militares. Con los 52 diputados que le responderán, del Partido Social Liberal (PSL), más los múltiples apoyos que recibe, podría gobernar el país.

Al faltar al debate de Globo y presentar mientras éste transcurría una entrevista por TV Record, el canal evangélico de Edir Macedo, Bolsonaro muestra el tipo de alianzas que se están construyendo. TV Record se transformaría en su correa de transmisión a los electores fieles bolsonaristas, como hacen Fox News y en especial Sean Hannity con Trump (8).

A nivel de política exterior, postula una alianza con Israel y Estados Unidos. Las dos únicas medidas nombradas en esta materia son salir de la ONU, acusada de “comunista”, y pasar la embajada de Brasil en Israel de Tel Aviv a Jerusalén, como hizo Donald Trump con la propia de Estados Unidos. La regresión democrática e institucional que puede representar para Brasil, América Latina y el mundo es incalculable.

* *Docente de la UBA. Investigador del Conicet en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Autor del libro Prensa tradicional y liderazgos populares en Brasil (A Contracorriente, 2017).*

(1) *Agradezco el comentario sobre este aspecto al maestro Fernando Azevedo.*

(2) *Wanderley Reis, Fabio. “Onda fascista”, ou mais que uma onda?”, Facebook del autor, 07/10/2018.*

(3) *“Is there a neo-Nazi storm brewing in Trump country”, Lois Beckett, The Guardian, 04/06/2017.*

(4) *“Marine Le Pen tomó distancia de Jair Bolsonaro: “Dice cosas realmente desagradables””, Infobae, 11/10/2018.*

(5) *“Nordeste leva eleição para o segundo turno”, Folha de S. Paulo, 08/10/2018.*

(6) *Joao Doria, “‘Eu nao vou mudar de partido’, diz Doria sobre PSDB”, Radio CBN, 09/10/2018.*

(7) *Conversación con Daniel Aarao Reis, Rio de Janeiro, 17/08/2018.*

(8) *“Entrevista sela aproximação entre Record e Bolsonaro, que quer sua ‘Fox News’”, Folha de S. Paulo, 04/10/2018.*

LA GRAN EXPLOSIÓN. ELECCIONES Y FIN DE CICLO EN BRASIL

Patricio Gómez Talavera

No aparecía. Pasaban las horas, y la disposición a la explicación, combinada con profiláctica cautela diplomática para saber que decir y que no, daban paso a un mutis telefónico y mediático que preveía lo peor. Que el jefe de una reconocida encuestadora paulista se ausentara en la jornada clave no era normal. Algo andaba mal. Los bocas de urnas sobrevinieron a la ansiedad, y el mapa político de Brasil cambió definitivamente. Jair Bolsonaro, que había comenzado la campaña emulando en su cobertura territorial a la fallida distribución de José Serra en 2010 contra Dilma Rousseff (dominancia clara en el sur, fragmentada en el centro oeste del país, con aportes periféricos como Acre y Roraima), logró consolidar y darle homogeneidad a su candidatura. “Volveremos a ganar cuando San Pablo y Minas voten juntas” enfatizaba en 2014 el gobernador paulista Geraldo Alckmin, palmeando al entonces abanderado nacional Aécio Neves, mientras por abajo estimulaba el voto “Geraldina” (Geraldo gobernador, Marina presidente). Tenía razón. Lo que no previó es quien iba a concretar ese anhelo.

TALAVERA LA GRAN EXPLOSIÓN

Y lo logró precisamente a costa del electorado del PSDB. El voto "Anastanaro" (por candidato a gobernador de Minas del PSDB, Antonio Anastasia) y el voto "BolsoDoria" (por Joao Doria, abanderado tucano en San Pablo) confirmaron que aún al borde del colapso, la práctica del lanzamiento de navajas contaba con salud dentro del partido de Fernando Henrique Cardoso. La crisis del PSDB viene de larga data: en la noche de las municipales de 2008, cuando el entonces ex gobernador Alckmin ni siquiera pudo ingresar a la segunda vuelta para la alcaldía de San Pablo, las costuras del PSDB paulista, corazón de la conducción nacional, reventaron. Alckmin lo vivió como una traición de José Serra, abanderado nacional en 2002 y 2010. La división entre el gobernador Alckmin, retornado en 2010 después de tener que vivir y pagar las cuentas de casa gracias a unos amigos, y el "grupo de Higienópolis" (barrio de altos ingresos de Sao Paulo, frecuentado por dirigentes tradicionales del PSDB de la capital), nunca terminó de cerrarse. Alckmin creyó encontrar el Frankenstein para demoler a sus rivales: Joao Doria, empresario y líder del grupo antipetista "Cansei", que lideró en 2007 con figuras como Ivete Sangalo y organizaciones como la influyente Organización de Abogados de Brasil. Doria, carismático y oportunista, se dejó cuidar por Alckmin, sin compartir su celo identitario con el partido: mientras Alckmin fortaleció al PSDB basando su eficiencia en la relación con el bajo clero de la formación y la red de alcaldes del interior, Doria usufructuó el esfuerzo de Alckmin por bloquear una eventual primaria para dirimir la candidatura a alcalde de la capital. Pero no dudó en coquetear, una vez electo, en ir por la presidencial, la que ambicionaba Alckmin como concreción final de su venganza. Aécio Neves caído en desgracia por el Lava Jato, el eje del PSDB volvió a Sao Paulo, y Alckmin creyó llegar su hora. Su renovada influencia permitió limpiar para Doria el comando del PSDB paulista, lo que implicó la retirada de históricos como Alberto Goldman o Andrea Matarazzo. Alckmin aprovechó su fuerza y canceló el pedido de primarias para la candidatura nacional, que le pedía el alcalde de Manaus (Amazonas), el influyente Arthur Virgilio. El domingo 7, el PSDB de los 10 millones de paulistas de Aécio en 2014, se quedó en 2 millones. De los 320 mil votos de Amazonas, resistieron menos de 30 mil. Y en Manaus fue donde Bolsonaro consiguió 620 mil de sus 800 mil votos de todo el Estado. La caída fue vertical; la división interna, implacable.

Alckmin, de 65 años, ve cerrar su carrera política, ante la posibilidad de ser absorbido por su creación: Doria trata de granjearse la simpatía de Bolsonaro y ha dado muestras de poco interés en cuidar la marca PSDB. Mientras tanto, el partido se transforma en una formación mediana: de los 54 diputados que tenía, conquistó 29. De los 13 gobernadores triunfantes en primera vuelta, el PSDB no tiene ninguno. Y en los 14 estados que van para segunda vuelta, tiene perspectivas para sólo 5. En Roraima, sexto Estado donde el PSDB ingresó a segunda vuelta (y el más pequeño) el PSDB corre de atrás: el PSL ganó la primera vuelta, y la onda Bolsonaro allí es fuerte: ganó con el 63%, 56 puntos más que Alckmin. El electorado tradicional del PSDB, tanto en el interior de los Estados como en las ciudades, se polarizó: PSL tomó el relevo, y pasó de 8 a 52 diputados federales.

TALAVERA LA GRAN EXPLOSIÓN

El elector buscó savia nueva: donde tenía opciones nuevas, las eligió. El juez Wilson Witzel, cuarto en las encuestas a 48 horas de la votación para gobernador de Río de Janeiro; Romeu Zema, empresario mineiro que con publicidad por 600 mil reales batió por 12 puntos al ex gobernador Anastasia, y por 20 al gobernador petista en funciones. Figuras históricas de la política brasileña como el líder del gobierno en el Senado, Romero Jucá (PMDB-Roraima) o el histórico Eduardo Suplicy (PT-Sao Paulo) fueron rechazados por el electorado. Incluso aliados mismos de Bolsonaro padecieron la ola: Magno Malta, senador y pastor evangélico, vice in pectore en su momento de Bolsonaro, perdió su banca frente al policía Fabiano Contarato, de REDE de Marina Silva, abiertamente homosexual, y defensor de la adopción gay, en el sexto Estado con más evangélicos en proporción, Espírito Santo. Los partidos tradicionales que eligieron renovar caras fueron premiados: Anchieta en Roraima y Eduardo Leite en Rio Grande do Sul para el PSDB, Ibaneis en el DF para el MDB, Mauro Mendes del conservador DEM en Mato Grosso realizaron elecciones notables y quedaron bien posicionados para la segunda vuelta. Sólo el nordeste (y quizás, Mato Grosso do Sul), revalidó confianza en sus mandatarios, en muchos casos por cifras soviéticas: 77% para Renan Filho (MDB) en Alagoas, 59% del comunista Flavio Dino en Maranhao, 75% del petista Rui Costa en Bahía. Pese a la resistencia, Bolsonaro penetró en la clase media urbana de las ciudades capitales también en el Nordeste, como en Joao Pessoa, Recife y Maceió, aunque no al nivel arrasador que logró en las ciudades del sur, como Florianópolis, Sao Paulo y Porto Alegre. El golpe fue grande, y seguramente legará una gran reconfiguración de fuerzas que traerá aparejadas mutaciones de actores, pero por ahora la polarización petismo-antipetismo mantiene su dinámica, con el PSL de Bolsonaro tomando el relevo. Los huérfanos del PSDB, que advirtieron votando a Marina en 2014, y los del PT, golpeando al partido de Lula en las municipales de 2016, encontraron en Bolsonaro y en la fragmentación de opciones la respuesta a una clase política que no logró gestionar la quiebra de los consensos constitutivos de la democracia de 1985, y no logró conjurar la crisis de seguridad en las grandes capitales, la retracción de la economía y la crisis fiscal del Estado. Como las turberas en llamas, el incendio era apenas humo por lo bajo. 2018 levantó la turba, y las llamas emergieron sin control. O Brasil não é para amadores.

** Licenciado en Ciencia Política (UBA). Docente de la UBA y doctorando en la UNSAM.*

BOLSONARO E O COLAPSO DA DEMOCRACIA BRASILEIRA

Renato Martins

O mundo acompanha com preocupação a ascensão da extrema direita no Brasil. O capitão Jair Messias Bolsonaro, um militar defensor da ditadura, teve 46% dos votos no primeiro turno das eleições de 2018 e está a um passo de se tornar o oitavo presidente da Nova República. Nos anos pós-autoritários, somente quatro presidentes foram eleitos pelo voto popular; dois não concluíram o mandato e o atual é considerado o mais impopular da história do país. Apesar disso, os últimos trinta anos foram o período de maior estabilidade política nacional. A vitória de Bolsonaro representaria certamente o fim desse ciclo, com a consequente abertura de uma nova etapa de autoritarismo, baseado numa mescla de militarismo, fundamentalismo religioso e ultraliberalismo.

MARTINS

BOLSONARO E O COLAPSO DA DEMOCRACIA

Com efeito, o pacto iniciado com a Constituição de 1988 se esgotou com o golpe contra Dilma, em 2016. Desde então o Brasil convive com situações de exceção. O consenso estabelecido pela Carta de 88 em torno da democracia, do desenvolvimento econômico e da justiça social se rompeu com o golpe parlamentar. A partir de então estes valores deixaram de ser os princípios norteadores da República. Em parte, isto explica a ascensão do obscuro capitão à condição de líder nas pesquisas eleitorais. Os principais institutos lhe dão ampla vantagem em relação a Fernando Haddad, o candidato do PT que contou com o apoio de Lula para chegar ao segundo turno.

Bolsonaro se declara abertamente defensor da ditadura e da tortura. Sua campanha está baseada na mentira, na violência e no ódio. Se eleito promete “armar a população”, “extirpar da rede pública de ensino a ideologia de Paulo Freire” e “criminalizar os movimentos sociais”. Estas são apenas algumas de suas bandeiras, todas recheadas de ódio contra negros, favelados, homossexuais, indígenas e quilombolas. Não surpreende que uma onda de violência tenha tomado conta do país nas duas últimas semanas. Em Porto Alegre, três homens imobilizaram e tatuaram no corpo de uma mulher o símbolo do nazismo. Em Salvador da Bahia, um mestre de capoeira foi morto a facadas por apoiadores de Bolsonaro depois de declarar o voto em Fernando Haddad.

Tudo indica que está em gestação no Brasil uma nova modalidade de autoritarismo, o que não deixa de ser uma má notícia para toda América Latina. Como se chegou a isso? Nos últimos trinta anos a polarização política no Brasil se deu entre os defensores do estado social e os defensores do mercado. Ambos respeitavam o jogo democrático das incertezas. A partir de 2014, quando o PSDB não aceitou a derrota para a Dilma, a democracia começou a colapsar. Depois veio o golpe, a prisão de Lula e chegamos ao ponto que nos encontramos agora. Tudo isso com o inestimável apoio da Lava Jato, que não foi criada somente para combater a corrupção, mas principalmente para conter o avanço das esquerdas, nem que para isso fosse preciso atropelar a Constituição e a própria democracia. Daqui para frente, a polarização política será entre democracia e autoritarismo novamente.

As pessoas estão como medo de sair à rua por serem negras, ou pobres, ou gays. Neste ambiente crispado pela intolerância, se fortalecem os indícios de que setores das Forças Armadas trabalham na formulação de uma nova utopia autoritária, e o que é pior: realimentam um projeto de poder. Muitos militares e policiais se apresentaram e foram eleitos para o Congresso Nacional e as Assembleias Legislativas Estaduais. Desde a transição, o horizonte liberalizante dos militares brasileiros foi o de uma democracia restringida, protegida das incertezas democráticas. Eles nunca imaginaram sair definitivamente de cena, conforme a Constituição de 1988 acabou determinando. Os avanços dos governos de esquerda, apesar de moderadíssimos, passaram do limite aos olhos dos conservadores civis ou militares. Enquanto garantiam a paz social, as agendas da inclusão social e da participação política foram aceitas a contragosto. Com a crise econômica e a instabilidade política agravadas pelo golpe de 2016, elas se tornaram intoleráveis.

MARTINS BOLSONARO E O COLAPSO DA DEMOCRACIA

Bolsonaro veio para extirpá-las. Para quem é de fora do país e ouviu falar de seu nome pela primeira vez, Jair Messias Bolsonaro é oficial da reserva do exército e iniciou a carreira militar em 1971, no auge da “guerra contra o terrorismo”. Ele considera a tortura uma coisa normal. Arrepende-se de que a ditadura, em vez de apenas torturar os opositores do regime, não tenha eliminado “uns trinta mil” deles, para livrar definitivamente o país do comunismo. Sua eventual vitória significaria a repetição da história. Em tom de ameaça, ele já declarou que se for eleito vai “acabar com os ativismos”, ou seja, trinta mil brasileiros que não foram eliminados pelo golpe de 64, correm agora o risco de desaparecer numa eventual eleição do capitão.

É pouco provável que este obscuro capitão venha a ser ele próprio o condottiere da contrarrevolução brasileira. Por trás dele se encontram os verdadeiros estrategistas da reação: são os novos intelectuais de direita, os fundamentalistas religiosos e os militares golpistas, sem falar dos colaboradores estrangeiros e suas agências de inteligência, que no devido tempo mostrarão a cara. Com seu discurso belicista, Bolsonaro angariou o apoio de amplos setores sociais, desde as elites econômicas e empresarias, às classes médias e populares, desesperadas com a crise econômica, a violência e o desemprego. Seu programa de governo tende a ser uma miscelânea de políticas conservadoras, economicamente liberais (privatizações etc), politicamente autoritárias (perseguição aos movimentos sociais e partidos de esquerda) e socialmente regressivas (fim do que restou dos programas sociais).

Além dos partidos de esquerda e dos movimentos sociais, as universidades estão fortemente ameaçadas. Professores e pesquisadores das instituições de ensino superior, grande parte delas criadas nos governos progressistas, também correm o risco de serem perseguidos, assim como já acontece com militantes dos movimentos sociais. No caso de eventual vitória de Bolsonaro, esses movimentos serão criminalizados e enquadrados como terroristas. Universidades serão fechadas e recursos para a educação, a cultura, a ciência e a tecnologia serão drasticamente cortados. Na prática isto significa que o ajuste fiscal do governo Temer, projetado para durar 20 anos, poderá se aprofundar ainda mais.

Por tudo isso (e muito mais), o momento é tão grave. Não é somente o futuro do Brasil que está em jogo. Os democratas precisam se unir e até o dia 28 de outubro, quando acontecerá o segundo turno, manifestar o seu repúdio à volta do autoritarismo. A disputa agora não é mais partidária. Agora é entre civilização e barbárie. Que todos sejam solidários com a democracia. O povo brasileiro agradece.

* *Presidente do Fórum Universitário Mercosul – FoMerco.*



BOLSONARO Y LA ESPERABLE DERIVA DE CAMBIEMOS

Damián Paikin

El triunfo de Jair Bolsonaro en la primera vuelta, en caso de confirmarse en la segunda, impactará de lleno en la configuración de la política Argentina. Particularmente, en el terreno de la centro derecha y derecha vernácula. Veamos las razones de esta afirmación.

A diferencia de lo relatado por numerosos analistas, la elección del PT fue, en términos objetivos, muy superior a lo esperado. Con su líder preso y proscripto, con un candidato casi desconocido y tras años de persecución mediática y judicial, logró instalarse en la segunda vuelta, sosteniendo gobernaciones importantes del nordeste y manteniéndose como la principal bancada unitaria de la Cámara de Diputados con 52 escaños. De hecho, pensando en la elección municipal de 2016, la recuperación es notable a pesar de los quizás inesperados fracasos de Dilma Rousseff y Eduardo Suplicy que hablan también de la dificultad enorme del PT de recomponer su fuerza en los sectores medios.

PAIKIN

BOLSONARO Y LA ESPERABLE DERIVA DE CAMBIEMOS

Por el contrario, en el terreno de los grandes partidos tradicionales, el PMDB y el PSDB, la destrucción es total, con sus votantes trasladando sus lealtades a las filas de Bolsonaro orientados por los odios y los temores que ellos mismos construyeron en la figura de Lula y el PT. Fueron los fogoneros del impeachment a Dilma Rousseff y, con esa supuesta legitimidad sobre sus hombros se lanzaron a generar un ajuste feroz sobre la población brasileña hablando de herencias recibidas y paraísos por venir. Y si bien es cierto que el ajuste se había iniciado con el último tramo del gobierno del PT, con la llegada de Michel Temer al Planalto, este se volvió salvaje para intentar saciar las pretensiones de los poderes fácticos que, sabiéndolos débiles, les exigían cada vez más. En esta dinámica, cuanto más ajustaban, más encendían el discurso anti- PT, como lógica de legitimación, en concordancia con los medios y los estrados judiciales. Sin embargo, ese fue su máximo error. Sumidos en el fracaso económico esperable del modelo neoliberal, la diatriba mediática jurídica anticorrupción se fue autonomizando y llevándose por delante a muchos de sus propios referentes, incluido el último candidato presidencial del PSDB, Áécio Neves y a la cúpula del PMDB, dejándolos como parte del "sistema político" fracasado y corrupto que decían combatir. En ese vacío surge Bolsonaro, recogiendo la agenda de los medios y de los partidos hegemónicos anti PT, incorporando elementos antidemocráticos y conservadores presentes en la sociedad brasileña pero que hasta el momento se encontraban en un lugar periférico aceptando el liderazgo de la derecha "moderna", liberal. Con el Lava Jato, el desastre económico y el ejemplo de Donald Trump como emblema del discurso antiliberal en términos morales, la taba se dio vuelta. ¿Qué elementos podemos encontrar en este relato en relación a la Argentina? Casi todos, con los habituales recaudos de comparar realidades tan diferentes. Tan, tan diferentes, que al menos desde los años '90 ambos países recorren el mismo patrón político casi sin ambigüedades. La primera comparación es evidente. Los parecidos entre el PT y el kirchnerismo saltan a la vista. Tal cual ocurre con su vecino del norte, la base del kirchnerismo se encuentra consolidada en cerca de 30 por ciento, aún luego de haber sido perseguido mediática y judicialmente sin descanso durante los últimos tres años. Quizás a diferencia de Brasil, no exista una concentración territorial tan clara del voto kirchnerista lo que posiblemente le reste poder local, pero en todo caso habría que esperar a esta elección para conocer bien ese dato. Obviamente, otra gran diferencia es que su líder está libre, aunque a tiro de la decisión de un conjunto de senadores, pero esto no es un dato menor. Seguramente otro sería el escenario hoy con Lula como candidato. Del lado de Cambiemos, por su parte, nada parece presagiar un derrumbe como el del PSDB o el PMDB siendo de alguna manera una combinación de ambos con el manejo estatal más la ideología "modernista" liberal. Sin embargo, algunos elementos empiezan a aparecer. La crisis económica merece apenas una mención. El fracaso es incluso mayor a la debacle del gigante sudamericano, llegando a momentos de desmanejo total de las variables macroeconómicas. Frente a esta realidad la apuesta a la exacerbación del anti kirchnerismo aparece como la alternativa elegida, usando como pilares una profunda ofensiva mediática y judicial.

PAIKIN

BOLSONARO Y LA ESPERABLE DERIVA DE CAMBIEMOS

Y allí, al igual que Brasil, es donde Cambiemos puede estar encerrándose en su propio laberinto. La causa de los “cuadernos”, al igual que el “Lava Jato” no es una ofensiva sobre un gobierno, sino sobre todo el sistema político del cual, en el caso de la familia Macri, es partícipe de ambos lados del mostrador, como empresarios y como funcionarios. Con estos antecedentes, la frase “son todos lo mismo” parece rondar permanentemente al gobierno.

En este marco, ¿es posible el surgimiento de una derecha fascistoide? La respuesta lamentablemente es sí. Para que esto suceda, debe existir en primer lugar una base social que cuestione la parte liberal cultural que aún hoy sostiene el oficialismo en forma cada vez más confusa. En este sentido, el crecimiento y la organización de los valores antiliberales ya se hizo presente en el debate sobre el aborto, donde finalmente se alzaron con un triunfo. Por ahora, esta expresión se mantiene como una expresión periférica de la derecha moderna hegemónica. Igual que sucedió en Brasil durante muchos años. ¿O acaso alguien cree que el fenómeno de los pastores electrónicos nació en esta elección? Pero ello puede cambiar y más, justamente, si se confirma el triunfo de Bolsonaro a tan pocos pasos de aquí.

Con esta potencialidad existente en la sociedad argentina, con Donald Trump instalado y posiblemente legitimado en las elecciones de noviembre, sumado a los primeros meses de Bolsonaro en Brasil expandiendo su propuesta, las alternativas para el escenario político argentino parecen ser dos.

Ante el fracaso económico total del macrismo, el surgimiento desde sus entrañas de liderazgos más reaccionarios en términos morales, como podría ser el diputado Olmedo, provocando una ruptura y una opción por derecha. El personaje mencionado parece hoy no dar la talla, por supuesto puede ser otro. Pero objetivamente frente al derrumbe del oficialismo el espacio y el contexto político habrían generado una vacante.

Un segundo escenario, más probable es aquel en el que, si la situación económica encuentra algún punto de estabilidad, la deriva autoritaria la realice el propio macrismo, buscando evitar la constitución de este espacio, existente en la sociedad argentina, que sí o sí buscará su representación entusiasmado por lo sucedido en Brasil y legitimado para lanzar en la arena pública posiciones que hasta hoy son fuertemente censuradas.

En este marco, la posición del kirchnerismo no puede ser más que la confrontación permanente y esperable. Pero al mismo tiempo, sería importante para el peronismo no kirchnerista anticipar el escenario y evitar su fragmentación, cambiando la lógica política de ataque permanente al pasado para debatir con el presente y sobre todo proponer un futuro que en todo caso sea más abarcativo incluyendo también a propios sectores del actual oficialismo, que comenzarán a quedar al margen frente al esperable giro antiliberal y autoritario, en términos civiles, del gobierno.

Hasta aquí, todas hipótesis de trabajo a comprobar. Lo seguro, por su parte, es que lo sucedido en Brasil no será inocuo por estas tierras y los clivajes que construyeron nuestras sociedades desde el retorno democrático, que incluían a la propia democracia como valor último de la convivencia, han comenzado a temblar.

* *Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Ciencia Política (UBA). Docente de la UBA.*

BOLSONARO, CIENCIA Y UNIVERSIDAD: MERITOCRACIA VERSUS DERECHOS

Daniela Perrotta

Escribir sobre la primera vuelta en Brasil y, puntualmente, sobre el candidato que obtuvo la mayor cantidad de votos válidos –Jair Bolsonaro– desde el prisma de la política para la ciencia y la universidad es doblemente arriesgado. En primer lugar, y ante todo, porque la definición sobre esta agenda de políticas públicas no fue un clivaje sustantivo de la contienda electoral. En segundo lugar, porque –como argentina y universitaria– se tiende a realizar análisis del complejo científico, tecnológico y universitario desde la mirada de nuestra cultura universitaria; una cultura universitaria de larga data cimentada en su carácter público, gratuito, laico y de derechos. Igualmente, pese a no haber sido un clivaje sustantivo, es posible trazar algunas pinceladas que sirvan para analizar el masivo apoyo a Bolsonaro el pasado 7 de octubre a la luz de los desafíos del sector –que viene sufriendo una disminución de financiamiento desde el 2014– así como también de la imposibilidad de una mudanza cultural en Brasil tras las gestiones petistas.

Un primer elemento de análisis consiste en ponderar cuáles son las propuestas para la ciencia, la tecnología y la educación de los candidatos que se dirimirán en la segunda vuelta, un militar retirado y fascista frente a un profesor universitario que fue Ministro de Educación:

PERROTTA

BOLSONARO, CIENCIA Y UNIVERSIDAD

(a) Jair Bolsonaro (PSL)

- Eliminar la ideología de género y el adoctrinamiento en la enseñanza a partir de la propuesta de “Escuela sin Partido”.
- Re-incorporar en el currículo las materias de educación moral y cívica y organización social y política brasileña, enseñadas durante la dictadura militar.
- Ampliar la red de escuelas militares.
- Fomentar la educación a distancia como herramienta para combatir el marxismo en las aulas.
- Reducir las cuotas raciales en la universidad.
- Reducción de la inversión pública en ciencia y tecnología y promover la inversión del sector privado (no derogar la enmienda del techo de gastos que él votó en 2016).
- Eliminación de las regulaciones ambientales. No respetar los derechos de comunidades originarias en la Amazonía para promover desarrollos agroindustriales.
- Ciencia y Tecnología, en el marco de un programa de reducción de ministerios, quedaría bajo la órbita de Agricultura y se ha señalado como futuro responsable de la cartera a un miembro de las Fuerzas Armadas, el astronauta Marcos Pontes.

* Fuentes: Canaltech, BBC y Nature

La radiografía de las propuestas dan cuenta de dos proyectos de desarrollo científico, tecnológico y universitario: uno que combina rasgos conservadores como el control sobre contenidos y orientaciones de las políticas –fuertemente autoritario–, con otros “típicos” del (neo)liberalismo como las asociaciones público-privadas, la eliminación de regulaciones de estándares ambientales y la meritocracia (léase, la ausencia de políticas distributivas activas para reducir las desigualdades de origen); y otro que se enmarca, precisamente, en un proyecto de reducción de la desigualdad para la búsqueda de justicia distributiva junto con elementos liberales de promoción de la diversidad y estímulo de inversiones mixtas para insertar a Brasil en las cadenas globales de producción de conocimiento. Este último, bajo la sospecha de cuán viable sea en relación al “teto de gastos” ya existente y de difícil remoción, y que se anida a un derrotero de recortes en ciencia, tecnología y universidad iniciado en el gobierno de Dilma, junto a una situación de persecución

b) Fernando Haddad (PT)

- Crear la “Escuela con Ciencia y Cultura” para fomentar la diversidad.
- Aumentar la matrícula de la educación superior así como de la tecnológica y profesional.
- Priorizar la educación media con un programa federal que atienda especialmente a las regiones con mayores niveles de pobreza.
- Revocar la enmienda del año 2016 que congeló los gastos públicos por 20 años (Emenda Constitucional 95 “Teto de Gastos”) y recuperar los recursos de las royalties del petróleo y del Fondo Social del Pré-Sal para invertir en salud y educación. Reinstaurar el Sistema Nacional de Ciência Tecnologia e Inovação (CT&I) y fortalecer los programas focalizados para el acceso a la universidad de sectores desfavorecidos.
- Pretende alcanzar una inversión en ciencia y tecnología del 2% del PBI a partir de fondos mixtos público-privados.
- Enfatiza encaminar políticas ambientales y climáticas, así como promover la producción y el uso de energías renovables, luchar contra la deforestación y proteger los derechos de las comunidades de la región de la Amazonía.

PERROTTA BOLSONARO, CIENCIA Y UNIVERSIDAD

mediática y judicialización de los conflictos universitarios desde el golpe de Estado de Temer. Entre los casos destacados de este proceso de ahogo y persecución se encuentra el suicidio del rector Luiz Carlos Cancellier de la Universidad Federal de Santa Catarina el año pasado, las operaciones mediáticas a las “universidades petistas” –como la Universidad Federal de la Integración Latinoamericana– y la carta pública del Conselho Superior da Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (CAPES) que denunciaba la imposibilidad de financiar los programas de becas en el 2019 ante el recorte presupuestario. La situación de fragilidad del sector derivó en que las dos asociaciones científicas del país –la Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciência (SBPC) y la Academia Brasileira de Ciências (ABC)– enviaran a los dos candidatos una carta con preguntas sobre sus posiciones y propuestas para el sector e invitando a presentarlas en un evento público:

- 1. ¿Cómo pretende promover la recuperación de los niveles presupuestarios de inversión en CT&I que se han reducido drásticamente en los últimos años?*
- 2. ¿Está en su propuesta de gobierno la extinción del fondo de contingencia del FNDCT y de otros fondos destinados a actividades de investigación y desarrollo?*
- 3. ¿Está la intención de establecer la meta de alcanzar el 2% del PIB para I&D; cómo se haría y con qué plazos?*
- 4. ¿Cuáles son sus planes para estimular y mejorar la educación básica, particularmente la educación científica de calidad, la que presupone el uso de metodologías investigativas?*
- 5. En su gobierno, ¿pretende valorar y mantener la educación pública y gratuita en todos los niveles, desde la enseñanza inicial al posgrado, asignándole recursos adecuados y preservando la libertad académica?*

En el caso del ex Ministro de Educación, cada una de estas preguntas se encuentra contemplada en su propuesta de gobierno; mientras que al momento de realización de esta nota el equipo de Bolsonaro no ha dado respuestas.

Pues bien, la comparación de propuestas nos da un panorama de los proyectos en juego pero poco nos dicen –y recuérdese la tentación de caer en el “prisma argentino”– respecto del sector científico y universitario como un actor político capaz de movilizarse en las calles para defender uno de los candidatos. Dicho de otra manera, ¿cómo analizar Brasil saliendo del lastre de nuestra cultura política y universitaria? Especialmente, recordando lo que fue el camino de participación espontánea y auto gestionada entre la primera y la segunda vuelta electoral en las elecciones presidenciales del 2015, donde el “sector científico” asumió un rol activo en el llamado explícito a votar por Daniel Scioli, organizando ferias de ciencia en locaciones populares y de alto tránsito y denunciando las perspectivas de un gobierno neoliberal recargado al mando de Macri. Sector que, incluso, llegó a realizar una toma del Ministerio de Ciencia y Tecnología ante el recorte a la carrera de investigador científico del CONICET. Efectivamente, en el caso argentino es posible argumentar que el colectivo de científico/as se convirtió en un actor político –es decir, fue acumulando capacidad de agencia (actorness)– en algunos momentos clave, logrando movilizarse masivamente así como también conquistar apoyo en la opinión pública dada su legitimidad y valoración –incluso pese al ataque de los trolls pagos del actual Jefe de Gabinete que arremetieron contra la utilidad de la ciencia–. No obstante, y también con el prisma argentino, el proceso de activación de la

PERROTTA BOLSONARO, CIENCIA Y UNIVERSIDAD

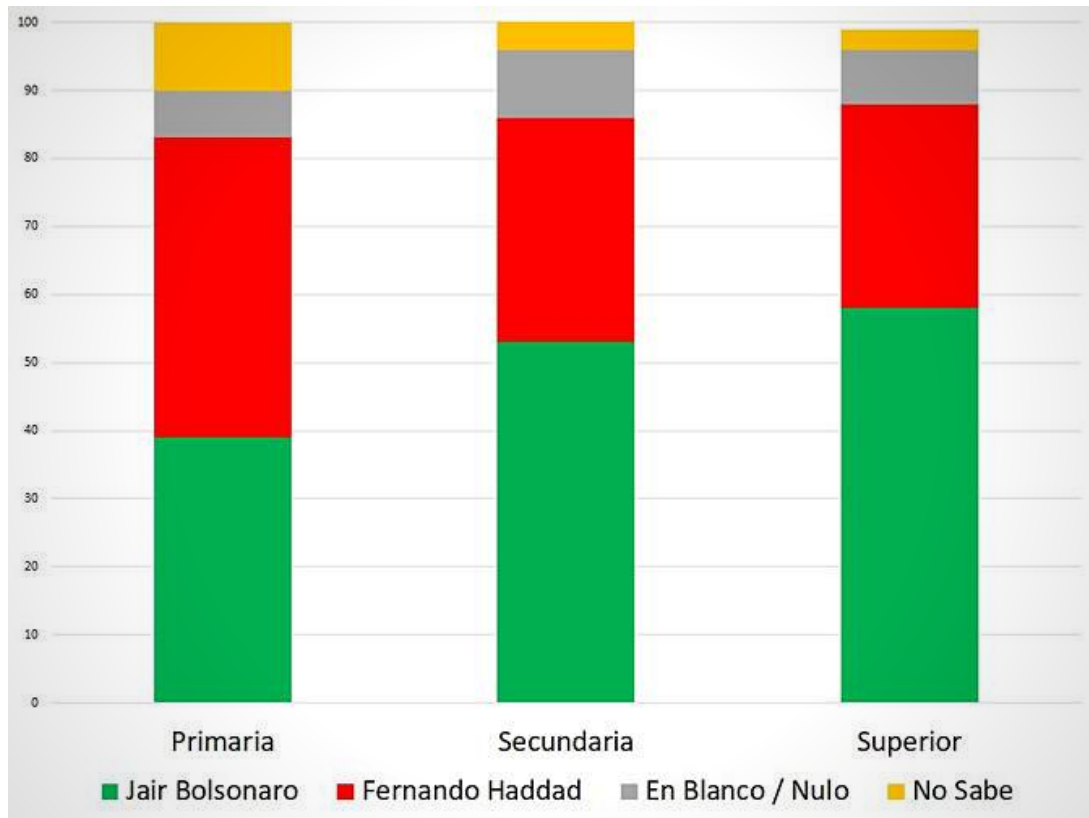
participación de la ciencia no se puede separar al gravitante rol de los sindicatos de docentes universitarios, que son los actores que tienen capacidad de –efectivamente– movilizar a los docentes-investigadores, de articular con los colectivos estudiantiles y del personal administrativo, y son los interlocutores ante las instancias de gobierno donde se discuten paritarias salariales y se negocia el presupuesto anual. En Argentina, el sindicato docente universitario canaliza el malestar y moviliza en pos del derecho a la universidad. Esto expresa y se explica porque la composición del sector es más popular y homogénea, porque durante los gobiernos kirchneristas pudieron trascender las demandas salariales para reflexionar de manera integral sobre las políticas para la ciencia y universidad bajo el paradigma de la inclusión y el desarrollo nacional-regional y porque el sistema está centralizado.

En el caso de Brasil no hubo una experiencia de movilización sectorial de la magnitud de la que se desarrolló en nuestro país. “La” movilización fue la encarada por el movimiento de mujeres y diversidades bajo el lema “Ele Nao”. La universidad y la ciencia no es un sector que se movilice en este país ya que el acceso a ellas está reservado a las clases dominantes, mayoritariamente masculinas, blancas y acomodadas.

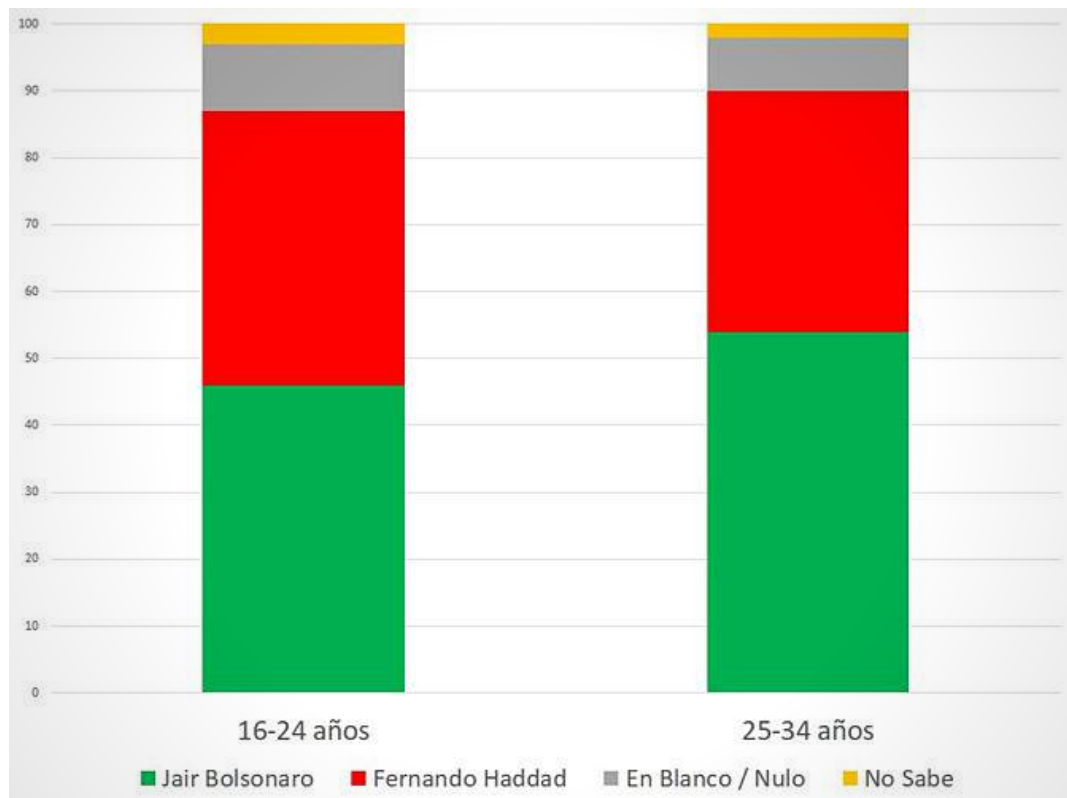
La universidad en Brasil es una reserva de las elites: el acceso limitado por cupos y examen de ingreso es una barrera a su masificación –por lo tanto, tu origen social que delimita el acceso a la enseñanza básica y media determina tus posibilidades de ingreso; léase, la reproducción de la distinción–. Consecuentemente, el 80% de la matrícula universitaria en Brasil (clases populares e incluso medias) está en instituciones privadas de dudosa calidad, grandes “fábricas de títulos”. Por lo tanto, no es de sorprender que la política de cuotas raciales y de apoyo a estudiantes provenientes de los estratos sociales más bajos haya generado una reacción conservadora. Más aun cuando uno de los artífices de este proceso de ampliación de derechos es el mismísimo candidato del PT. Haddad es “culpable” del acceso de negros y pobres a la universidad. Si incluso en nuestro país, con una cultura que reivindica lo público y la perspectiva de derechos, los argumentos de la meritocracia hacen mella y socavan las propias bases de nuestro sistema universitario (y de educación pública en general), ¿qué esperar de un Brasil donde la Casa Grande e Senzala sigue permeando el entramado social? Del “¿qué es esto de universidades por todos lados?” se puede extrapolar “¿Qué es esto de cotas por todos lados?”.

Excede esta nota de opinión un riguroso estudio que correlacione los votos emitidos con los clusters de un sistema universitario (y por lo tanto científico) concentrando en el eje San Pablo – Río de Janeiro – Belo Horizonte; más permitiría realizar algunas afirmaciones de corte clasista sobre la preferencia a Jair Bolsonaro. Pero, asimismo, también habría que “abrir” la caja negra de los Estados tradicionalmente afines al PT para ver qué pasó con las posibilidades y los sueños de movilidad social ascendente. No obstante, si es posible afirmar que a mayor nivel educativo, mayor intención de voto a Bolsonaro (como se desprende de la última encuesta realizada por DataFolha):

PERROTTA BOLSONARO, CIENCIA Y UNIVERSIDAD



Incluso, analizando la intención de voto por grupo etario, también en el segmento que se encontraría transitando la enseñanza universitaria y el de graduado/as recientes, se evidencia el apoyo hacia Bolsonaro:



PERROTTA BOLSONARO, CIENCIA Y UNIVERSIDAD

Efectivamente, en líneas generales, la universidad no es en Brasil un reducto progresista. Su morfología está estrechamente vinculada a la complejidad de la estructura socio-económica del país.

Otra diferencia sustantiva entre ambos sistemas científico-universitarios reside en la heterogeneidad estructural mayor de Brasil: diferentes tipos de instituciones que brindan educación superior, de las cuales universidad (es decir, las que hacen pesquisa) son un porcentaje reducido y que, dentro de este universo, se tienen tres niveles regulatorios: el federal, el estadual y el municipal. Como el argentino, igualmente, la universidad y la ciencia de excelencia está localizada en tres ciudades gravitantes que, a su vez, cuentan con agencias estaduais de promoción y financiamiento que refuerzan esta situación de desigualdad intra-sistema. Un último elemento diferenciador del caso argentino reside en la discusión de cuán autónomas son las universidades, especialmente en lo que refiere a su gobierno. En Brasil los rectores son designados por el ministerio de educación de la órbita de funcionamiento –desde el federal hasta el estadual– a partir de una terna resultante de un proceso de elecciones internas. Ya el actual escenario político doméstico es complejo para la designación de rectores, el ascenso de una posición de derecha más radicalizada, atenta con la posibilidad de contar con universidades gobernadas por el o la candidata que obtuvo la mayor cantidad de votos, sea este o esta del color político que sea. Es un peligro para la autonomía universitaria y para la democracia brasileña la ruptura de consensos básicos en los procesos de designación de autoridades.

Finalmente, un componente adicional para reflexionar que nos deja la elección es en relación a la legitimidad de la universidad en su rol performativo de la construcción de conocimiento válido (“la verdad”) y su razón de ser de constante crítica de lo establecido (poner en jaque “esa verdad”). La circulación de noticias falsas por redes sociales y whatsapp, consumidas y reproducidas exponencialmente versus las llamadas de intelectuales y artistas brasileños e internacionales a emitir un voto moral, se dirimió a favor de lo primero. Ni la carta de Manuel Castells ni el mensaje final de Roger Waters en su recital de esta semana –que acompañan las campañas de docentes, estudiantes, personal administrativo y investigadores que apoyan la fórmula Haddad – Davila (incluso habiendo votado por Ciro en la primera vuelta)– logran torcer la balanza hacia un candidato moral y éticamente respetable. La balanza se inclina del lado del fascismo, el machismo, la homofobia y la xenofobia de Bolsonaro. Ese supuesto cambio cultural que los gobiernos progresistas parecían haber alcanzado ha sido una ficción que hoy nos deja desprevenidos frente a un futuro muy cercano de autoritarismo y persecución.

** Doctora en Ciencias Sociales (FLACSO), Licenciada en Ciencia Política (UBA). Investigadora de CONICET y docente de la UBA.*

TENDENCIAS GLOBALES CON SABORES LOCALES: BOLSONARO Y EL REVERDECER AUTORITARIO CON FEIJOADA

Emanuel Porcelli

Luego de los resultados del domingo 7 de octubre y como expresión de un proceso de largo aliento al interior del sistema político de Brasil surgen un conjunto de reflexiones y aportes para el debate que caen en la tentación de la sola impugnación moral al fenómeno político que significa la (alta) probabilidad de que Jair Bolsonaro se convierta en el próximo presidente de Brasil como único nivel de análisis.

Ciertamente, hay muchos elementos domésticos vinculados al proceso iniciado en las movilizaciones del año 2013 (en simultáneo con la realización de la Copa Confederaciones, previo al Mundial de Fútbol) originadas en San Pablo -como una expresión en contra del aumento de 0,20 ctvs. de real al transporte público decida por el entonces alcalde de esa ciudad, Fernando Haddad- y que, rápidamente, se convirtieron en una queja en contra del gobierno de Dilma Rousseff motorizada por un conjunto de actores opositores que, poco a poco (y acompasados con los actores mediáticos y judiciales), pusieron a la gestión del PT en una posición defensiva de la que no pudo recuperarse ni siquiera ganando las elecciones de 2014. La llegada al poder de Michel Temer luego del proceso de golpe parlamentario, en donde Bolsonaro -desconocido por fuera de las fronteras del Brasil- se convirtió en el "diputado que reivindicó a los torturadores de Dilma" y la persecución del juez Moro a Lula en el marco del llamado "Lavajato" profundizaron la atomización del sistema de partidos brasileño.

Sin embargo, es necesario enmarcar el proceso brasileño en un contexto global de desafío al régimen democrático liberal, que la elección de Bolsonaro visibiliza y evidencia de forma cruda y directa y que resulta complejo de comprender por sus múltiples ramificaciones.

En principio, resulta necesario pensar que el avance y la llegada al poder de Viktor Orbán (Hungría), Matteo Salvini (Italia), Sebastian Kurz (Austria) y Donald Trump (Estados Unidos), junto con el fortalecimiento de actores políticos como Marine Le Pen (Francia) o Nigel Farage (Gran Bretaña) y partidos como Amanecer Dorado (Grecia), Vlaams Belang (Bélgica), Alternativa para Alemania o recientemente, VOX (España), responden a algunas características globales y no sólo a coyunturas domésticas. Sumando todos estos casos (e incluyendo a Bolsonaro) resulta dificultoso señalar características comunes en términos del proyecto político-económico que promueven, pero, sin lugar a dudas, aparecen similitudes en torno a su condición de procesos que pueden, fácilmente, caracterizarse como reaccionarios.

PORCELLI

TENDENCIAS GLOBALES CON SABORES LOCALES

Resulta siempre tentador realizar analogías con el período de entreguerras y el auge de los fascismos en los años 30 en Europa. No obstante, podemos vincular ese momento histórico con el actual en términos de comprender cómo aparecen vectores que canalizan malestares sociales y que se presentan como outsiders del sistema político. Sin embargo, es necesario señalar que mientras los regímenes fascistas reaccionaban contra la democracia liberal y, en algunos casos, contra los efectos del capitalismo, impugnando tanto al liberalismo en términos políticos como económicos, los actuales procesos reaccionarios se concentran en combatir tanto la ampliación de derechos -equidad social, libertad sexual, igualdad de género, políticas de identidad, derechos humanos, multiculturalismo, integración étnica, etc.- como el rol del Estado como garante de los mismos sin poner en jaque al liberalismo económico (aún en los casos que, como parte de su discurso nacionalista, discutan las reglas del libre comercio) sino por lo contrario se presentan como garantes del mismo.

Mientras en las últimas décadas del siglo XX, el auge globalizador post caída del muro de Berlín presentó como hegemónica la idea de la ausencia de “alternativas” al modelo neoliberal, y esto significó un proceso cada vez más creciente de solapamiento en las propuestas de los partidos al interior del sistema político doméstico, tanto en el Norte como en el Sur, sus secuelas directas fueron disímiles. Las consecuencias de la ola neoliberal con el cambio de milenio en América del Sur, permitió el ascenso de gobiernos de corte progresista que buscaron reducir los desaguisados producidos en el decenio anterior. Este proceso de malestar canalizado con el “giro progresista” no se dio en otras regiones.

Entonces, comprender estos fenómenos autoritarios requiere poder vislumbrar algunas de sus características novedosas. Una característica esencial de estos procesos es cómo construyen un discurso para una base social mucho más amplia y menos ideologizada, en donde el ataque utilizando estereotipos y planteos morales para estigmatizarlos y vincularlos con el pasado fascista o dictatorial no suelen funcionar ya que el apoyo de su base social se sostiene por motivaciones políticas del presente y no por nostalgias (o saudades, en este caso) del pasado autoritario. Por otro lado, si bien se presentan como fuerzas anti-establishment, el núcleo central de su apoyo proviene, precisamente, de la médula del mismo establishment. Así, como han señalado tanto Linz como O´Donnell, las élites político-económicas en los períodos de crisis económica y/o inestabilidad política, tienen mayor libertad para el diseño y el desarrollo de las reglas del juego e instituciones. Justamente, pueden usar su capacidad tanto para proteger la democracia como para destruirla; y, en este marco, elegir entre objetivos políticos de corto plazo o la defensa de las instituciones en el largo plazo. En esta tensión entre beneficios de corto plazo versus de largo plazo, parece que, en el caso de Brasil, han optado por lo primero: metas cortoplacistas que están socavando los principios de la democracia.

En tercer lugar, un factor característico central es el uso estratégico de las herramientas tecnológicas. Frente a la promesa liberal que la llegada de “la red de redes” nos traería la posibilidad del libre acceso a la información gracias a la multiplicidad y la expansión de las voces (y entonces, poder decidir con mejor calidad informativa y tener una ciudadanía informada), se transformó -con el avance del consumo de la información en las redes sociales- en el reino de las “fake news” y su uso, en una herramienta de comunicación política. Aunque otras fuerzas políticas

PORCELLI

TENDENCIAS GLOBALES CON SABORES LOCALES

gasten numerosos esfuerzos para demostrar la ausencia de veracidad promoviendo herramientas de chequeo de la información y demostrando la inconsistencia de las noticias falsas, está estudiado que el ratio de circulación de las “fake news” es mucho más alto que las noticias verdaderas ya que las noticias falsas operan sobre los sentimientos de indignación y enojo. Adicionalmente, el establecimiento de estrategias de comunicación sostenidas en las redes reduce los costos de campaña y permite atraer a nuevos electores (especialmente en los segmentos más jóvenes de la sociedad) además de fidelizar a las personas convencidas. La posibilidad de consumir noticias “on demand” seleccionando aquellos portales, perfiles, etc., que están en sintonía con “mis intereses” fortalece las posiciones antagónicas y profundiza los sentimientos reactivos sobre los cuales el autoritarismo floreciente abreva.

Sumado a esta última característica, aparece como novedad (y como parte de su formulación como proyectos anti-establishment) la utilización de un discurso diferenciador del conjunto de fuerzas políticas: sin tapujos pueden realizar afirmaciones xenófobas, sectarias y violentas que ofrecen respuestas monocausales y directas a los problemas presentes, aun cuando éstos entran en colisión con un conjunto de valores democráticos liberales. El proceso de legitimación social de ese discurso por vía de redes sociales -en muchos casos utilizando herramientas que permiten instalar temas o climas en las redes- retroalimenta a los autoritarismos y permite presentarlos como una “expresión legítima de la sociedad”. Buscan “validar” o “normalizar” aquello que hasta hace poco tiempo se consideraba marginal y por fuera del sistema político. Y lo hacen presentándose como partidos o políticos sin historia y sin el lastre de la gestión política, la que a su vez asocian con la corrupción. Una vez más nos encontramos delante de la paradoja de la tolerancia de Popper. Immanuel Wallerstein plantea que la hegemonía de la cultura liberal, entendida no sólo en términos económicos, sino especialmente en términos políticos comenzó su retroceso luego de los movimientos sociales que se desarrollaron en diferentes puntos del globo en 1968. El 68, desde su mirada, fue el inicio de un triunfo cultural que cuestionaba a la modernidad de la posguerra y la (lenta) apertura posmodernista hacia nuevas formas de organización más humanas. A 50 años de esos eventos, cabe preguntarse, entonces, si la forma en que concebimos al liberalismo político y la democracia (en Brasil, pero no solamente allí) son la arena de disputa para los próximos años.

* *Licenciado en Ciencia Política (UBA). Docente de la UBA.*



GOLPES Y ROSTROS DEL PATRIARCADO EN BRASIL

Belén Sotelo

“El golpe tiene una gramática machista”: lo afirmó Dilma Rousseff en ocasión de recibir el doctorado honoris causa en la Universidad Nacional de La Plata y en ese momento, las que estábamos presentes aplaudimos rabiosamente a la primera mujer electa presidenta de Brasil, destituida injustamente, pero sin poder dimensionar cuán hondo calaban esas palabras en la realidad política y social brasileña. Poco tiempo antes, en 2014, Dilma había sido reelecta con más de 54 millones de votos, pasando a ser rápidamente objeto de una pertinaz campaña política, mediática y judicial para impugnar su figura, en términos personales y políticos. Algunas escenas del impeachment fueron vergonzosas, y en ellas comenzó a despuntar para el gran público nacional e internacional, un veterano pero mediocre diputado, fuera de todo registro político para “la gente” de a pie: Jair Bolsonaro, quien encomendara su voto favorable a la destitución, al coronel torturador Carlos Alberto Brilhante Ustra, “pavor de la presidenta Dilma”.



SOTELO GOLPES Y ROSTROS DEL PATRIARCADO

Si algo puso de manifiesto el gobierno de Temer desde un primer momento, fue la configuración íntimamente machista, blanca, propietaria, conservadora del golpe: basta solamente contrastar las fotos de los gabinetes de gobierno para darse cuenta que bajo las nuevas condiciones del golpe, no habría lugar para la otredad: no mujeres, no negrxs, no jóvenes, por nombrar solamente lo que salta a la vista. Al mismo tiempo, comenzaba una operación de desvanecimiento del horizonte de posibilidad abierto para todas por Dilma: ¿Cuál es el lugar de la mujer en la política? ¿Es el de presidenta o el de primera dama? ¿Hasta dónde puede llegar una mujer?

Por supuesto, no solamente las fotos hablan sino también las decisiones políticas: para el tema que nos ocupa, solo mencionaremos la eliminación del Ministerio de la Mujer, en un país que ostenta el séptimo lugar en un índice mundial de femicidios, con 13 mujeres muertas por día, en el que las mujeres negras mueren más que las blancas y las pobres más que las ricas; donde apenas el 10% de las bancas del parlamento están ocupadas por mujeres y la brecha salarial asciende al 34%. Si bien no se puede atribuir el declive político del PT al machismo, tampoco puede entenderse el impeachment a Dilma y el ascenso de Bolsonaro sin este elemento. Frente a este contexto subrepticio deben ser leídas las manifestaciones callejeras de mujeres que poblaron Brasil durante los últimos tramos de la campaña electoral. Contra la pedagogía de la crueldad instalada a partir del golpe, con Lula, el principal dirigente de la oposición preso, con sindicatos disciplinados a partir de la reforma y flexibilización laboral, con favelas militarizadas, el aumento de la violencia policial, narco, social, de género, hasta el asesinato de Marielle Franco, el #EleNãO es un grito libertario y de insumisión.

Al igual que en muchos países de Latinoamérica, las mujeres en Brasil demostraron que hoy son el sujeto político más activo en la defensa de la democracia, entendida no meramente como poliarquía sino como modo de vivir juntas, juntos, junte, en un sentido antineoliberal, anticolonial, antipatriarcal. Las mujeres fueron muy hábiles en organizarse en el mismo terreno que su enemigo -terreno en el que el PT quedó extremadamente rezagado-: las redes sociales. La organización surgió a través de un grupo de Facebook, Mujeres unidas contra Bolsonaro, en el que se planearon las estrategias de divulgación en redes, de solidaridad internacional y las movilizaciones callejeras. No titubearon en nombrarlo por lo que es: fascismo. Si algo pusieron de manifiesto las innumerables manifestaciones que surcaron las ciudades brasileñas el pasado 29 de septiembre no es solamente -¡como si fuera algo menor!- que la lucha por la democracia significa hoy también la lucha contra la misoginia y contra las diversas fobias -lesbofobia, homofobia, transfobia que resuenan en los balbuceos de Bolsonaro; sino también la necesidad de articular un amplio frente antifascista. Es decir, las mujeres movilizadas mostraron que la lucha por la democracia es al mismo tiempo lucha antipatriarcal: lucha contra o coiso.

Sin embargo, Bolsonaro no es un relámpago en un cielo claro: es el punto de llegada de un proceso de fascistización de lo social que hay que rastrear aún antes del golpe a Dilma y que nos obliga a reponer en el análisis político cuestiones tales como los sentimientos y los deseos. ¿Cuánto odio es capaz de soportar una sociedad antes de decir: Basta? ¿Cuánta distancia necesitan quienes tienen el poder con los que siempre estuvieron abajo, detrás, olvidadxs para sentirse a salvo? ¿Cuánta libertad de lxs oprimidxs soporta el opresor?



SOTELO GOLPES Y ROSTROS DEL PATRIARCADO

EleNã se hilvana así en la trama de los feminismos populares latinoamericanos que irrumpen en la escena pública en contextos de retroceso del campo popular proponiendo una política de lo deseable y no meramente de lo posible. Pero el problema que debe superar el EleNã es trasladar el rechazo en afirmación. ¿Cómo transformar el EleNã en EleSim? ¿Cómo repolitizar una escena que oscila entre la antipolítica y la moral de telenovela de O Globo de los `80? Al discurso moralizante para sanear la corrupción se le suma el discurso moralizante para sanear “la familia”. Así, en una extraña perversión del sentido del dictum feminista de que “lo personal es político”, para el derecho de la derecha la corrupción permea sentidos y esferas y “lo político es personal”: el “no te metas con mis hijos” llevado al extremo: la denuncia de la ideología de género, la denuncia de la educación sexual integral, de la proliferación de gays por causa de la entrada de la mujer al mundo del trabajo, entre otras razones.

No sabemos si el movimiento de mujeres está llamado a ocupar el rol democratizador que tuvo el PT a la salida de la dictadura; por lo pronto, pudo hacer lo que bien saben hacer los feminismos: nombrar lo no dicho y establecer con claridad los términos de la confrontación en esta elección: democracia o fascismo. Como bien supieron sintetizar las compañeras hondureñas, las mujeres no queremos más golpes, ni en el cuerpo, ni en el Estado. #EleNã.

* *Licenciada en Ciencia Política (UBA). Docente en la UBA.*

(1) Véase http://www.mapadaviolencia.org.br/pdf2015/mapa2015_mulheres_imprensa.pdf

(2) Con los resultados del 7/10, ese porcentaje se eleva a 15%.

(3) Recomendamos ver la entrevista realizada por Ellen Page a Jair Bolsonaro en 2016 para el ciclo *Gaycation*.